

# TEMPLO HERMANA TERESA

“La madurez”

06/07/2024



# **“La madurez”**

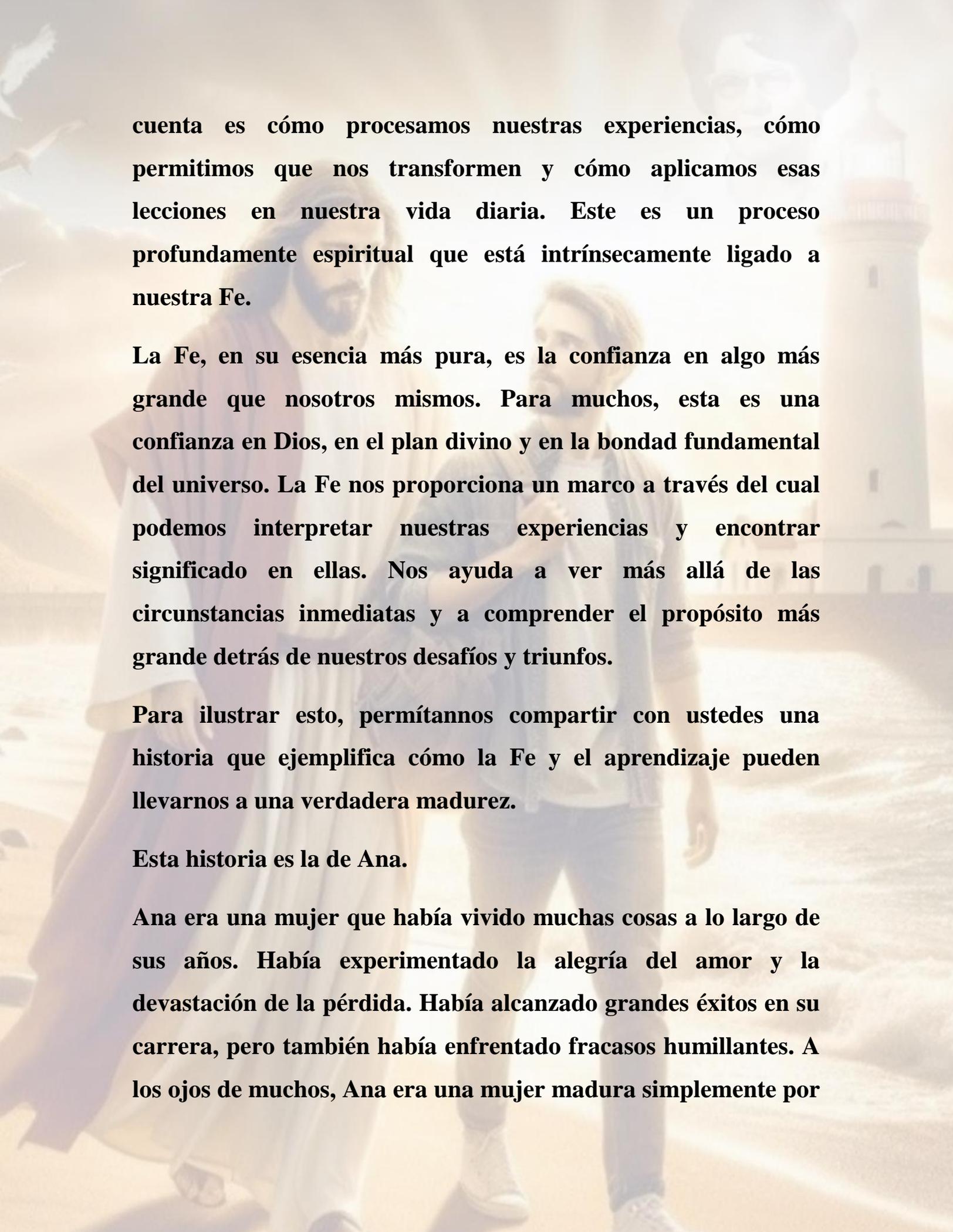
**Queridos hermanos y hermana**

**Es un placer estar aquí, con todos ustedes, en este Faro de Luz de Dios que guía la Hermana Teresa, participando de esta Ceremonia. Hoy vamos a hablar sobre un tema muy profundo y significativo. La madurez, un concepto que todos entendemos de una manera u otra, pero que a menudo interpretamos superficialmente. Hoy quiero profundizar en esta idea y explorar lo que realmente significa ser maduro. Queremos compartir con ustedes una perspectiva que, creemos, todos podemos apreciar. Para ello vamos a utilizar una frase que Carlos nos ha compartido y que dice así:**

*"Madurez no significa cuánto has vivido, significa cuánto has aprendido".*

**A través de esta premisa, intentaremos examinar los valores de la Fe y cómo pueden guiarnos en nuestro camino hacia la verdadera madurez.**

**La madurez no se mide por la cantidad de años que hemos vivido, sino por la calidad de nuestras experiencias y, sobre todo, por las lecciones que hemos aprendido de ellas. Vivir una larga vida no garantiza sabiduría ni comprensión. Lo que realmente**



**cuenta es cómo procesamos nuestras experiencias, cómo permitimos que nos transformen y cómo aplicamos esas lecciones en nuestra vida diaria. Este es un proceso profundamente espiritual que está intrínsecamente ligado a nuestra Fe.**

**La Fe, en su esencia más pura, es la confianza en algo más grande que nosotros mismos. Para muchos, esta es una confianza en Dios, en el plan divino y en la bondad fundamental del universo. La Fe nos proporciona un marco a través del cual podemos interpretar nuestras experiencias y encontrar significado en ellas. Nos ayuda a ver más allá de las circunstancias inmediatas y a comprender el propósito más grande detrás de nuestros desafíos y triunfos.**

**Para ilustrar esto, permítannos compartir con ustedes una historia que ejemplifica cómo la Fe y el aprendizaje pueden llevarnos a una verdadera madurez.**

**Esta historia es la de Ana.**

**Ana era una mujer que había vivido muchas cosas a lo largo de sus años. Había experimentado la alegría del amor y la devastación de la pérdida. Había alcanzado grandes éxitos en su carrera, pero también había enfrentado fracasos humillantes. A los ojos de muchos, Ana era una mujer madura simplemente por**

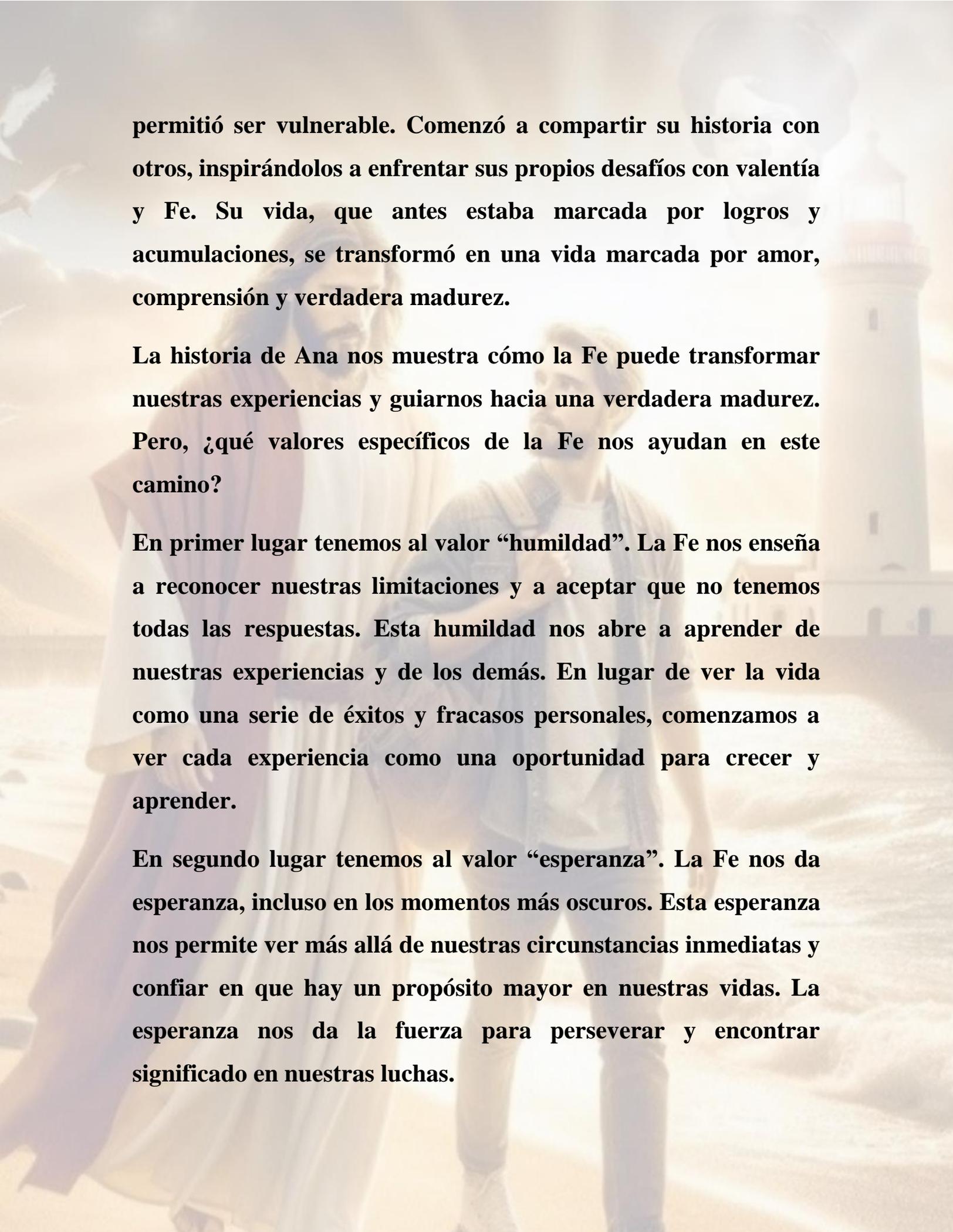
la cantidad de experiencias que había acumulado. Pero Ana sabía que la verdadera madurez iba más allá de la mera acumulación de vivencias.

Un día, Ana recibió una noticia que cambiaría su vida para siempre. Fue diagnosticada con una enfermedad grave. Enfrentarse a su propia mortalidad la obligó a reflexionar sobre su vida y las lecciones que había aprendido. En lugar de dejarse consumir por el miedo y la desesperación, Ana recurrió a su Fe.

Ana había sido criada en una familia devota, pero su relación con Dios había sido, en muchos aspectos, superficial. Había cumplido con los rituales y asistido a los servicios religiosos, pero no había realmente integrado su Fe en su vida diaria. La enfermedad la empujó a reconsiderar esta relación. Comenzó a pasar más tiempo en oración y meditación, buscando no solo consuelo, sino también entendimiento.

A través de su Fe, Ana comenzó a ver su enfermedad no como un castigo, sino como una oportunidad para crecer. Empezó a apreciar cada día como un regalo y a encontrar alegría en los pequeños momentos. La enfermedad, en lugar de ser una carga, se convirtió en un maestro.

Ana aprendió a dejar ir el rencor y la amargura que había acumulado a lo largo de los años. Perdió el miedo al fracaso y se



**permitió ser vulnerable. Comenzó a compartir su historia con otros, inspirándolos a enfrentar sus propios desafíos con valentía y Fe. Su vida, que antes estaba marcada por logros y acumulaciones, se transformó en una vida marcada por amor, comprensión y verdadera madurez.**

**La historia de Ana nos muestra cómo la Fe puede transformar nuestras experiencias y guiarnos hacia una verdadera madurez. Pero, ¿qué valores específicos de la Fe nos ayudan en este camino?**

**En primer lugar tenemos al valor “humildad”. La Fe nos enseña a reconocer nuestras limitaciones y a aceptar que no tenemos todas las respuestas. Esta humildad nos abre a aprender de nuestras experiencias y de los demás. En lugar de ver la vida como una serie de éxitos y fracasos personales, comenzamos a ver cada experiencia como una oportunidad para crecer y aprender.**

**En segundo lugar tenemos al valor “esperanza”. La Fe nos da esperanza, incluso en los momentos más oscuros. Esta esperanza nos permite ver más allá de nuestras circunstancias inmediatas y confiar en que hay un propósito mayor en nuestras vidas. La esperanza nos da la fuerza para perseverar y encontrar significado en nuestras luchas.**

**En tercer lugar tenemos al valor “amor”. La Fe nos enseña a amar incondicionalmente, tanto a nosotros mismos como a los demás. Este amor nos permite perdonar y dejar ir el rencor, creando espacio para la paz y la sanación. El amor es la base de todas las lecciones importantes que aprendemos en la vida.**

**En cuarto lugar tenemos al valor “compasión”. La Fe nos inspira a ser compasivos con los demás y con nosotros mismos. La compasión nos ayuda a ver el sufrimiento de los demás y a responder con empatía y ayuda. Nos recuerda que no estamos solos en nuestras luchas y que todos estamos conectados.**

**En quinto lugar tenemos al valor “gratitud”. La Fe nos enseña a ser agradecidos por las bendiciones en nuestras vidas, grandes y pequeñas. La gratitud transforma nuestra perspectiva y nos permite ver la belleza y el valor en nuestras experiencias diarias.**

**La verdadera madurez se manifiesta en cómo vivimos nuestras vidas diarias. No se trata solo de las grandes lecciones que aprendemos, sino de cómo aplicamos esas lecciones en nuestras interacciones cotidianas y en nuestras decisiones. Aquí hay algunas maneras en que podemos aplicar los valores de la Fe para alcanzar una verdadera madurez:**

**Practicando la Humildad. Aceptemos que no lo sabemos todo y estemos dispuestos a aprender de los demás,**

**independientemente de su edad o estatus. La humildad nos permite escuchar verdaderamente y aprender de las experiencias y perspectivas de los demás.**

**Manteniendo la Esperanza. Incluso en tiempos difíciles, recordemos que siempre hay esperanza. Mantengamos una perspectiva positiva y confiemos en que hay un propósito mayor en nuestras vidas. Esta esperanza nos dará la fuerza para seguir adelante y encontrar soluciones creativas a nuestros problemas.**

**Expresando Amor. Practiquemos el amor incondicional en nuestras relaciones. Seamos pacientes, perdonemos rápidamente y busquemos maneras de mostrar nuestro amor a través de acciones concretas. El amor no solo fortalece nuestras relaciones, sino que también nos ayuda a crecer como individuos.**

**Mostrando Compasión. Seamos compasivos con los demás y con nosotros mismos. Reconozcamos el dolor y el sufrimiento de los demás y busquemos maneras de ayudar. La compasión nos conecta con los demás y nos recuerda nuestra humanidad compartida.**

**Cultivando la Gratitud. Tomemos tiempo cada día para reflexionar sobre las cosas por las que estamos agradecidos. La gratitud nos ayuda a enfocarnos en lo positivo y a apreciar las**

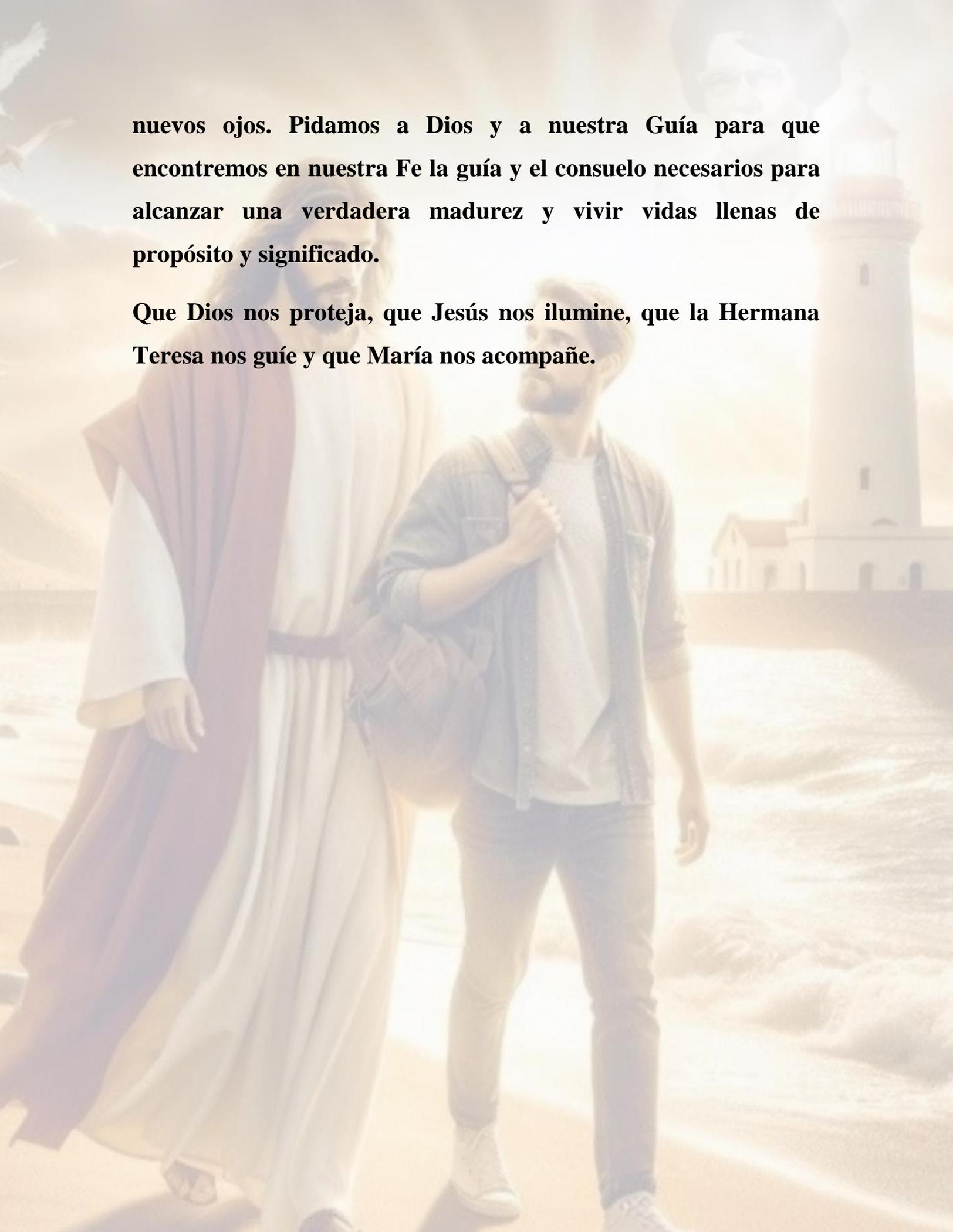
**bendiciones en nuestras vidas. Nos permite ver la belleza y el valor en nuestras experiencias diarias.**

**En conclusión, hermanos y hermanas, la verdadera madurez no se mide por la cantidad de años que hemos vivido, sino por la cantidad de lecciones que hemos aprendido y cómo hemos permitido que esas lecciones nos transformen. La Fe juega un papel crucial en este proceso, proporcionándonos los valores y la perspectiva necesarios para interpretar nuestras experiencias y encontrar significado en ellas.**

**La historia de Ana nos muestra que, incluso en los momentos más oscuros, nuestra Fe puede guiarnos hacia una verdadera madurez. Al practicar la humildad, mantener la esperanza, expresar amor, mostrar compasión y cultivar la gratitud, podemos vivir vidas llenas de propósito y significado.**

**Al final del día, lo que realmente importa no es cuánto hemos vivido, sino cuánto hemos aprendido y cómo hemos permitido que esas lecciones nos transformen. La Hermana Teresa nos dice que la verdadera madurez es un viaje continuo de crecimiento y aprendizaje, guiado por nuestra Fe y nuestra capacidad para ver más allá de las circunstancias inmediatas.**

**Pidamos a Dios y a nuestra Guía para que esta reflexión nos inspire a todos a mirar nuestras propias vidas y experiencias con**



**nuevos ojos. Pidamos a Dios y a nuestra Guía para que encontremos en nuestra Fe la guía y el consuelo necesarios para alcanzar una verdadera madurez y vivir vidas llenas de propósito y significado.**

**Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.**